

El General Conde de Jordana habla de Marruecos

Se han recogido a los jidos moros 73,000 armas

Se han repatriado 62,000 hombres

SERÁ verdad eso del desarme de los moros? Nos han hablado ya, otras veces, del desarme en Marruecos y luego, en el instante preciso, los cabileños han aparecido con su buen mauser al hombro... Nos que-

—Setenta y tres mil ciento. Hago un movimiento de asombro.
—¿Setenta y tres mil armas han recogido?
—Sí, señor... Y le puedo precisar también cómo se clasifican.
—Tome nota—añade cogiendo unas cuartillas de la mesa y empezando a leer—; tome nota, si quiere... Cincuenta y siete mil ochocientos cuarenta y seis fusiles... Seis mil setenta y tres espingardas y escopetas... Mil ciento doce pistolas y revólveres... Siete mil seiscientos sesenta y cuatro armas blancas... Ciento cuarenta y un cañones de artillería y tubos de cañón... Doscientas sesenta y cuatro ametralladoras...
—Claro está—continúa, dejando sobre la mesa las cuartillas y reanudando sus paseos por el despacho— que además de las armas hemos recogido grandes can-

policíaca previa que es indispensable hacer cumplir para asegurar el orden material. Mas la pacificación de las voluntades, el orden profundo y definitivo, lo estamos efianzando de otra manera: desarrollando la Economía del país, educándolo, instruyéndolo, intimando con él...
—No se figure—insiste—que la tranquilidad que hay en la zona esté solamente mantenida por el temor a nuestro castigo. Es que los indígenas le van tomando

daba cierta desconfianza... Cerca de un mes llevábamos vagando por nuestra zona de protectorado, corriendo los caminos de día como de noche, metiéndonos en los más hoscos rincones de la montaña, en los aduares lejanos, y en todas partes veíamos gentes tranquilas, ocupadas en sus tráficos y en sus faenas del campo... Nuestro Marruecos parecía pacífico, pacífico como nunca seguramente lo ha estado desde hace muchos siglos. Y... desconfiábamos, a pesar de todo... ¿No tendrán estos moros las «fusilas» ahí escondidas en cualquier agujero?... ¿Es esto, de veras, la paz?
—Sí, sí—me decía todo el mundo—; es la paz...
—Aquí—me ponderó alguien—no hay ya ni juicios de faltas...
Sin embargo, yo he querido preguntar a la persona que me podía responder mejor: al general Conde de Jordana, Alto comisario de España en Marruecos.



El Alto Comisario de España en Marruecos, Conde de Jordana (X) en su despacho de la Alta Comisaría, hablando con el Delegado General D. Teodomiro Aguilar y con el Redactor-Jefe de ESTAMPA.

Paseando por su despacho de la Residencia, en Tetuán, el general escucha el relato de mi viaje por la zona, mis impresiones, mis juicios... Y sonríe suavemente... Sonríe porque al través de mis vacilantes palabras, percibe la duda..., la desconfianza, que—claro está—no me atrevo a expresar claramente.
—Es chocante... Es asombrosa—voy diciendo yo—. Realmente asombra una pacificación tan completa. Porque el desarme... El desarme, aquí, antes, tropezaba con dificultades... ¿No?... Con dificultades...
Jordana, con la leve sonrisa entre los labios, se detiene ante mí:
—Sí—dice, reposado y zumbón—: se tropezaba con dificultades. Con muchas dificultades. Pero, afortunadamente, se ha podido al fin vencerlas... Ningún obstáculo es insuperable si se tiene la voluntad de allanarlo... ¿No le parece?...
Hace una pausa. Y después, siempre sonriente y cortés, me dice:
—¿Como cuántas armas calcula usted que les hemos recogido a los moros desde septiembre de 1925 hasta fines de abril de 1929?
—No sé... No tengo idea...
—Yo se lo voy a decir.
Va a su mesa, consulta unas notas, hace unas rápidas sumas sobre una cuartilla.

tidades de municiones: cartuchos de fusil, proyectiles de cañón y mortero, paquetes de dinamita, sacos de pólvora, etc., etc...
—Entonces... Esta vez el desarme es verdaderamente efectivo... Absoluto...
El general deja de sonreír. Y habla con un tono grave y firme:
—Sí. Puede usted creerlo y puede usted decirlo en ESTAMPA: el desarme ha sido efectivo y radical. Virtualmente, nuestra zona está en este momento limpia de armas. De armas eficaces, al menos... Porque es indudable que aún quedan enterrados aquí y allá, en los alrededores de los aduares, algún fusil, alguna vieja espingarda, alguna guma oxidada... Pero los fusiles escondidos así se inutilizan a los pocos meses, y en cuanto a las demás armas, ya comprenderá usted que no son un peligro serio... A pesar de todo, hago que se las busque con actividad, porque yo quiero extremar el desarme, ultimarlos minuciosamente, escrupulosamente... Quiero que no quede ni un cortaplumas en nuestro Marruecos...
El conde de Jordana se interrumpe:
—Pero no se vaya a creer—me explica vivamente— que fiamos la paz al desarme sólo. Sería un modo de discurrir bastante torpe... El desarme es una medida

ces, el Bogós asesinó a su compañero el Arosi, mientras dormía, y con su cadáver y sus armamentos se presentó en las líneas españolas a comprar el perdón. Un caballero.
—Entonces—indico—se habrá podido reducir mucho el Ejército de ocupación...
El general va otra vez a su mesa y consulta unos papeles.
—En mayo de 1926—me dice—tenía España en su zona de Protectorado 119.606 soldados europeos exactamente. Hoy...
—¿Hoy?
—Tiene menos de la mitad: 57.000...
—Las posiciones—continúa—se han reducido también enormemente: en 1925 llegamos a vernos obligados a sostener 1.050 posiciones y campamentos; en cambio, ahora sólo mantenemos 202.
Jordana vuelve a sonreír.
—El hecho de que yo dé estos datos a la publicidad—me dice—indica bien claramente hasta qué punto es firme nuestra situación. En el Marruecos de hoy, esos 57.000 soldados son los suficientes.

fición a la paz. Si perdurara el antiguo espíritu revoltoso y turbulento de los cabileños, no dejarían de ocurrir siquiera atentados sueltos; habría cuadrillas de bandidos en las montañas... Y nada de eso hay... Ya ve usted eso del Bogós y el Arosi, una aventura tan corriente en el viejo Marruecos, que raro ha parecido ahora y qué pronto ha acabado...
El Bogós y el Arosi de que me habla el general han sido los dos últimos representantes del clásico bandolerismo marroquí. Dos representantes degenerados ya, porque los hombres apenas si se atrevían a robar alguna que otra gallina. Sin embargo, su aparición en el Marruecos pacífico de 1929 provocó una viva emoción. Nuestras fuerzas de Policía los persiguieron activamente y los acorralaron. Entonces, el Bogós asesinó a su compañero el Arosi, mientras dormía, y con su cadáver y sus armamentos se presentó en las líneas españolas a comprar el perdón. Un caballero.
—Entonces—indico—se habrá podido reducir mucho el Ejército de ocupación...
El general va otra vez a su mesa y consulta unos papeles.
—En mayo de 1926—me dice—tenía España en su zona de Protectorado 119.606 soldados europeos exactamente. Hoy...
—¿Hoy?
—Tiene menos de la mitad: 57.000...
—Las posiciones—continúa—se han reducido también enormemente: en 1925 llegamos a vernos obligados a sostener 1.050 posiciones y campamentos; en cambio, ahora sólo mantenemos 202.
Jordana vuelve a sonreír.
—El hecho de que yo dé estos datos a la publicidad—me dice—indica bien claramente hasta qué punto es firme nuestra situación. En el Marruecos de hoy, esos 57.000 soldados son los suficientes.